

Gabriela Daroca da Costa, nacida en Montevideo en 1961 y residente en Pamplona-Iruñea, es diplomada en Magisterio y ha realizado varios cursos de escritura creativa en el taller de Regina Salcedo. Apasionada de la lectura y aficionada a la escritura, trabaja actualmente en el Departamento de Cultura del Gobierno de Navarra.

Gabriela Daroca da Costa

Montevideo, 1961

Cuarto Accésit

## LA TEORÍA DE LOS JUEGOS

¿Te acuerdas cuando en la clase de matemática aplicada de segundo estudié la teoría de los juegos, Moli? Entonces no sospeché la importancia que iba a tener en mi vida. Me bajé la película de Nash, aquel matemático esquizofrénico, “Una mente maravillosa” y la vimos aquí, echadas sobre la cama, en el portátil. Tú, como siempre, te dormiste enseguida y luego empezaste a ronronear. Moli, mi Troylo felino.

El juego comenzó con un correo inesperado de Rafael, mi profesor de análisis de balances. Habíamos realizado en clase varios ejercicios prácticos con el ordenador. En el primero saqué un cero porque había que expresar el resultado como lo hacen los americanos que ponen comas donde nosotros puntos y viceversa. Y yo, claro, lo hice como lo hacemos nosotros, y el ordenador, que es tonto, no me sumó ningún acierto. Los siguientes ya los hice bien y el último que había que hacerlo desde casa on line me salió perfecto. Y en eso consistió toda mi mala suerte.

A Rafael no le gustaba que sus alumnos fueran a estudiar a las academias, las odiaba. Había emprendido una guerra a muerte contra ellas, quizás algún enemigo suyo dirija una de ellas o le dieron demasiadas clases particulares durante su adolescencia, vete tú a saber. Así que le sentó como un tiro enterarse de que varios de sus alumnos contestaran el examen on line desde la academia a la que iban, sacando unas notas excelentes con la ayuda de sus profesores.

Cuando recibí su correo citándome a una entrevista personal porque había detectado que yo había copiado el examen lo primero que pensé es que todo se debía al primer cero que había sacado. Entiendo que sospechase de mí al ver mi primera nota. Le contesté el correo explicándoselo pero en realidad no hacía falta. Él sabía perfectamente que yo no había copiado, lo de las comas y los puntos no me había sucedido sólo a mí. Todo formaba parte del juego. Dividió la clase en dos grupos, en uno de ellos estaban los alumnos clasificados como copiadorees y en el otro los clasificados como no copiadorees.

Cada grupo estaba integrado por gente que realmente había copiado (mentirosos) y que no (honestos):

	Copiadorees	No copiadorees
Honestos	A1	A2
Mentirosos	A3	A4

Para mi desgracia a mí me encajó en el grupo A1, no había copiado pero estaba en el grupo de los copiadorees. Al igual que en el "Dilema del prisionero" él también nos hizo ofertas. (En el dilema la policía arresta a dos sospechosos. No hay pruebas suficientes para condenarlos y, tras haberlos separado, los visita a cada uno y les ofrece el mismo trato. Si uno confiesa y su cómplice

no, el cómplice será condenado a la pena total, diez años, y el primero será liberado. Si uno calla y el cómplice confiesa, el primero recibirá esa pena y será el cómplice quien salga libre. Si ambos confiesan, ambos serán condenados a seis años. Si ambos lo niegan, todo lo que podrán hacer será encerrarlos durante seis meses por un cargo menor.)

Rafael nos ofertó al grupo de los copiadores confesar nuestra culpa, ponernos un cinco en la asignatura y que no volviésemos más por clase, o bien repetir el examen en su presencia y si no sacábamos nota igual o superior a la anterior suspendíamos la asignatura. Pensarás, Moli, que lo que perseguía era que nos delatásemos unos a otros y así conocer el nombre de los individuos mentirosos, ¿verdad? Pues aún iba más allá, lo que pretendía, al menos eso es lo que yo creí en un principio, era aprobar a todos los que iban a las academias para que no tuviesen la necesidad de volver y así éstas perdiesen sus ganancias. Hubo gente del grupo A4 que estaba dispuesta a confesar y aprobar de ese modo la asignatura sin seguir estudiando. Pero los del grupo A1 teníamos una situación complicada ya que eligió a los que obtuvimos nueves y dieces. ¿Nos podíamos arriesgar a repetirlo y no sacar la misma nota? Hay que tener en cuenta el factor suerte de los exámenes tipo test. ¿Cuál sería nuestra respuesta? ¿Alcanzaríamos el equilibrio de Nash?

A mamá le traía sin cuidado Nash y su equilibrio. Montó en cólera cuando le expliqué lo que sucedía. —¿Cómo puede pensar ese sinvergüenza, cabronazo de mierda, que has copiado?, ¡pero si te he visto con mis propios ojos hacer el examen en casa! Voy a hablar con él inmediatamente, lo único que nos faltaba es perder la beca. — Ni se te ocurra, le dije, déjame arreglarlo sola que ya soy mayor de edad.

—¿Te aburro Moli, quieres una latita?, tenemos muchas, cientos de ellas.

No sé si te las comerías si supieses cómo las hacen. Mamá me enseñó el año pasado el lugar donde las fabrican, trabajaba allí. Es asqueroso, sobre todo la tolva de trituración de los despojos animales. Con la carne triturada, cereales y unos aditivos, se forma una pasta que se cuece y se enlata. Recuerdo que me llevó una tarde a verla, pues a esa hora no había nadie, el horario de trabajo era de seis a dos. Puso en marcha la maquinaria para que yo pudiera comprender todo el proceso. Su puesto estaba en la tolva de trituración, se encargaba de alimentarla, limpiarla,

engrasarla, desatascarla..., en fin, la cuidaba como a un bebé, pero continuamente se quejaba de lo poco que le pagaban. —Me explotan por ser extranjera y mujer— se quejaba—el día menos pensado le voy a cortar los huevos al puto encargado y se los voy a tirar a la tolva—. No la conocían, era capaz de eso y de mucho más. En nuestro país era carnicera, tuvimos que emigrar de Slovenia cuando “murió” papá.

Sentí una especie de vértigo y temblaron mis piernas al ver la trituradora en funcionamiento. Me imaginé cayendo dentro. Creo que es mejor caer de cabeza para que te la triture primero y no enterarte de nada. Imagínate si caes de pié y no pierdes la consciencia mientras ves desaparecer tus piernas. Mejor no imaginar, volvamos al asunto.

Decidí repetir el examen. Cuando entré en el despacho de Rafael reconocí el olor en seguida. Papá olía igual, a esa mezcla de alcohol y tabaco que exudaba por todos sus poros. En clase no lo había percibido, me siento en las últimas filas. Quizás fue el olor lo que me hizo simpatizar con él, me dio lástima. Incluso físicamente me recordaba a papá, el cuerpo enjuto, los ojos saltones y vidriosos, la tez casi violeta. Me dio por pensar que tal vez tuviese una mujer dominante y malvada, que le hacía la vida imposible (por eso tenía que beber tanto) y que necesitaba machacarnos para paliar esa opresión y autoafirmarse como persona. No sé por qué comencé a inventarme semejantes cuentos en medio del examen, más tarde me enteré de que era soltero, sólo me sirvió para perder la concentración y bajar la nota a un siete, lo que implicaba perder la beca.

Mamá, en contra de mi voluntad, pidió cita con Rafael el tres de noviembre, una vez conocida la nota. Él no quiso recibirla pero creo que se presentó de todas formas en la Universidad, aunque, la verdad, nunca hemos hablado de ello, hay cosas de las que es mejor no hablar. Me acuerdo del día porque al siguiente se despidió de la fábrica. Llamó a la noche para decirme que no la esperase para cenar, que vendría tarde. A las cinco de la mañana llegó a casa con la camioneta cargada hasta los topes de latas de comida para gatos. Tuvo suerte y encontró aparcamiento justo al lado del portal. Me despertó y me dijo que bajase a ayudarla. —Antes de dejar el trabajo he decidido cobrar en especie, así por lo menos la gata estará alimentada gratis durante una buena temporada. ¿No te parece?—. Asentí, a mi madre es mejor no llevarle la contraria. Nos costó casi dos horas

subirlas todas a casa. Ella había metido las grandes cajas repletas de latas en la camioneta con la Fenwick, pero ni siquiera entre las dos podíamos con ellas, así que bajamos el carro de la compra y lo fuimos rellenando lata a lata. Nos tuvimos que poner guantes para no quemarnos pues estaban aún calientes, lo que dificultaba más la operación. —¿Dónde las coloco?— le pregunté al subir a casa. —Vamos a ponerlas en mi cuarto— contestó— creo que durante un tiempo no lo necesitaré.

Se fue. Ahora está en Noruega, trabaja de cocinera en una plataforma petrolífera. Dice que aquí no se adaptaba, que volverá cuando mejore la situación. Tampoco estamos tan mal solas, ¿verdad Moli?

Nunca más volvimos a ver a Rafael ni supimos nada de él, simplemente dejó de acudir al trabajo. Esas cosas son típicas de los alcohólicos, comentaba la gente, yo asentía ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Iba a acusar a mi propia madre de asesinato? Dios me libre.

A mediados de noviembre, después de varios días sin clase, se presentó un nuevo profesor. Nos comunicó que él se iba a hacer cargo de su asignatura. Cuando le interrogamos sobre nuestras anteriores notas nos contestó que no nos preocupáramos, que todo formaba parte de un experimento sobre psicología conductista dirigido por la Universidad. Habían aprovechado la circunstancia de que algunos de nuestros compañeros habían hecho trampa en aquel examen para poner en práctica el ensayo. Así que todas las pruebas realizadas con Rafael quedaban anuladas ya que constituían parte de la experimentación. No nos dio excesivas explicaciones sobre qué hipótesis querían verificar ni a qué conclusiones habían llegado, pero tampoco nos importaba demasiado. Respiramos aliviados. Todo aquel embrollo de las academias y la teoría de los juegos se olvidaría y comenzaríamos de nuevo, sin ningún lastre ni mácula en nuestro expediente.

A mamá no le he contado nada sobre este experimento, no vaya a ser que vuelva. No tiene ningún sentido del humor.

¿Quieres otra latita Moli? Tenemos muchas.